

América Latina: la región que nunca se desarrollará

Richard L Clinton

Por supuesto, *nunca* es mucho tiempo. Y el *desarrollo* está lejos de ser un concepto firmemente establecido, bien definido. Por tanto, cuando designo a un conjunto de países como "los que nunca se desarrollarán" no intento, en realidad, hacer una profecía sino un ataque al paradigma o estructura mental que considera al desarrollo desde determinado punto de vista. Sin embargo, con respecto al futuro de los países de América Latina, puedo afirmar con absoluta seguridad que nunca se desarrollarán, en el sentido que hoy en día le damos a ese término.

I

¿Qué significa para nosotros el desarrollo? ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que algunos países son desarrollados y otros no? Para elaborar un concepto de desarrollo parecería que, en el mejor de los casos, la mayoría de nosotros combina ciertos aspectos de la modernización, la industrialización y la occidentalización. Más a menudo tendemos a pensar en el desarrollo

económico (o, peor aún, en el simple crecimiento económico) como si fuese lo único que importa. Con mucha frecuencia partimos simplemente de un concepto etnocéntrico: ser desarrollado es ser como nosotros. En otras palabras, *nosotros* somos el ejemplo del desarrollo, y los otros países serán tanto más desarrollados cuanto más logren parecérsenos.

Al pensar de este modo consideramos, sobre todo, el éxito de nuestra cultura racional, científica, tecnológica e individualista, en cuanto a otorgarnos un alto nivel material de vida. Pensamos en la medicina moderna, que nos ha liberado del azote de las enfermedades mas graves e incrementó la esperanza media de vida; en las aptitudes industriales que han aumentado nuestra productividad, en los adelantos tecnológicos, que nos han dado mayor movilidad, más comodidad, mayor bienestar y que redujeron el esfuerzo físico que la mayoría necesita hacer. Pensamos en la gran variedad de acontecimientos culturales y de esparcimien-

to que está a nuestro alcance, si no en nuestro ámbito inmediato, sí por lo menos gracias al milagro de la televisión.

Empero, al pensar de este modo tenemos a no tomar en cuenta algunas consideraciones importantes.

Omitimos tomar en cuenta la pura casualidad del accidente histórico que colocó a un grupo humano ascético y pragmático en el continente mejor dotado del planeta, en el momento preciso para que el optimismo, el racionalismo y el individualismo de la Ilustración se combinaran con las potencialidades de la Revolución científico-industrial.

Omitimos considerar un factor que hizo a nuestro adelanto tecnológico, del que tanto nos jactamos, infinitamente más fácil y venturoso: la disponibilidad de energía abundante y, por tanto, relativamente barata, primero en forma de madera, después como carbón, por último como petróleo y gas natural.

No tomamos en cuenta el costo que hemos pagado (y que es cada vez mayor) para gozar los beneficios de nuestra civilización tecnológico-industrial: la deforestación, la erosión y la contaminación masivas; la destrucción de varios hábitat, especies y zonas bellas; el agotamiento de nuestros recursos y el concomitante aumento de nuestra vulnerabilidad ante las influencias externas; la incidencia del cáncer, en rápido aumento, provocada por las sustancias que introdujimos en nuestro ambiente y en nuestros alimentos.

En la medida en que la opinión sobre nosotros mismos como la culminación del desarrollo incluya consideraciones políticas tales como el orden, la estabilidad y las libertades individuales de nuestro sistema de gobierno democrático, parlamentario y occidental, nuevamente estaremos centrándonos en los beneficios y descuidando los costos. Nuestros sistemas políticos democrático-liberales permitieron la existencia de preciosas libertades, pero hace muy poco tiempo que nos esforzamos realmente por extender esas libertades a todos aquellos a quienes se les negaban por prejuicios, pobreza o ignorancia.

Al admitir el concepto etnocéntrico

del desarrollo, también dejamos fuera del cuadro las pruebas crecientes de la descomposición social, del deterioro paulatino de la sociedad de los países avanzados, industrializados, muy desarrollados (como Estados Unidos). El continuo incremento de los delitos, de las enfermedades mentales, del alcoholismo, la drogadicción, los divorcios, el maltrato a los niños, los asesinatos, violaciones y suicidios, seguramente obedece a algo más que a una mejor información y un manejo más sistemático de los datos. Como dijo hace algunos años el historiador Henry Lee Swint, "todo lo que no está remachado se está aflojando"

En realidad, muchos aspectos de nuestra cultura, que estuvieron remachados durante años, también se están aflojando: los jóvenes de los *ghettos* aterrizan a los ancianos desvalidos y, en general, los niños crecen sin la estructura de una concepción ética global de sí mismos y de la sociedad en que viven.

Cada vez estamos más conscientes del desperdicio y de la destrucción ecológica que entraña nuestro modo de vida, al tiempo que nuestros métodos científicos y técnicos nos indican que muchos recursos esenciales, y la capacidad de muchos ecosistemas para soportar nuevas agresiones, se están acercando a su límite. Sin embargo, nos creemos desarrollados.

Al ir en pos del desarrollo (defiendo como el aumento de la productividad y del ingreso *per capita*) mediante la industrialización y la creación de una sociedad de consumo, hemos logrado generalizar nuestra dependencia con respecto a métodos de producción, vivienda, transporte y aun esparcimiento que consumen materiales y energía en forma intensiva. En muchas partes del mundo también hemos apoyado a la agricultura sobre una precaria base de combustibles de origen fósil (para bombas de riego, para tractores, fertilizantes provenientes del gas natural). Y, lo que es más importante, hemos contribuido a crear en todo el mundo una "revolución de esperanzas crecientes".

De una u otra manera, nuestras ideas sobre el modo de vida "desarrollado" llegaron a conformar las opiniones y aspiraciones de la mayoría, quizá, de la población mundial. "Un pollo en cada olla" ya no es una prome-

sa electoral adecuada. En países en donde muchos de sus habitantes están desnutridos, una proporción cada vez mayor de quienes votan o pesan políticamente desea "un automóvil en cada cochera" cuando no, como dijo el economista Nicholas Georgescu-Roegen, "un auto para dos cocheras".²

En nuestro desvarío de innovación tecnológica y de esclavitud ante la comodidad y la conveniencia, hemos diseminado, como aprendices de brujo, una "supercultura... de rascacielos, aeropuertos, universidades, películas y música rock que barre el mundo como una gran epidemia", para usar las palabras de Kenneth Boulding.³ Hemos aceptado en forma acrítica (y con nosotros buena parte del resto del mundo) esta supercultura como el elemento central del desarrollo. Empero, tal como empiezan a afirmar muchos investigadores y científicos, nosotros y buena parte del resto del mundo padecemos un trágico engaño.⁴

Nos engañamos, por lo menos, de tres maneras.

La mayoría de la población mundial no podrá alcanzar nunca lo que llamamos desarrollo. Sencillamente, no existen los recursos capaces de sostener un modo de vida que derroche tantas materias primas y tanta energía, en una escala tan amplia, durante mucho tiempo,

Aun cuando se descubriese una fuente de energía barata y prácticamente ilimitada —el sueño eterno de los optimistas tecnológicos— las perturbaciones ocasionadas por esos estilos de vida, extendidos en una escala tan amplia, alterarían en forma importante el ecosistema del planeta. Aun si no se produjeran catástrofes ecológicas, el calor que generaría ese enorme gasto de energía, tanto en forma directa como mediante la acumulación de dióxido de carbono en la atmósfera, tendría efectos perturbadores en el clima del planeta y, por tanto, en la agricultura.

La capacidad humana para enfrentarse a sistemas complejos y manejarlos, no está, sencillamente, a la altura de las tareas que suponen la expansión y la continua aceleración del actual modo de vida.

Así como los biólogos están obligados a "asesinar para disecar", en todos los aspectos de la vida tenemos que "forzar" la rea-

lidad, cada vez más compleja, para poder abarcarla. Debemos simplificarla, cuantificarla y reducirla a índices calculables, a los indicadores disponibles, a modelos que podamos manejar. Al principio reconocemos que esos modelos son imperfectos, aproximados, que están bastante alejados de la realidad que en definitiva nos interesa; empero, a medida que llegamos a confiar en estos indicadores y modelos, comenzamos a cosificarlos, a otorgarles vida propia, a permitirles sustituir aquella realidad que, en un principio, sólo simbolizaban.

A menudo se ha señalado como ejemplo clásico de esa tendencia considerar al producto nacional bruto como la medida del desarrollo o el bienestar de un país. A pesar de que ese indicador contiene no sólo los bienes que producimos sino también los males, y a pesar de que muchos de los llamados bienes sólo son necesarios para contrarrestar a algunos de los males, todavía pugnamos por maximizar la cifra global, e interpretamos un producto nacional bruto creciente como prueba de la salud y el vigor de una sociedad.

II

Hasta aquí he afirmado que nuestra comprensión del desarrollo adolece de serias fallas y que lo que designamos con ese concepto no es una meta deseable o alcanzable para la humanidad. Permítaseme ahora exponer algunas razones que explican por qué los países de América Latina nunca alcanzarán ese "desarrollo". Si se puede demostrar que las actuales metas del desarrollo son inalcanzables aun para una zona relativamente tan favorecida como América Latina, quedarán sentadas las bases para la tarea de elaborar modelos viables de desarrollo.

La razón más inmediata por la cual América Latina no puede aspirar a desarrollarse, en el sentido del término que se acepta hoy en día, es la situación demográfica. Debido a la minúscula capacidad humana de comprender lo complejo, el control de la mortalidad se introdujo en América Latina, como en muchas otras partes del mundo, sin introducir al mismo tiempo el control de la natalidad. El resultado fue la explosión mundial de la población. América Latina tiene la mayor tasa de crecimiento demográfico de las principales regiones del mundo: 2.6% anual. Esto signifi-

ca que su población de más de 300 millones se duplicará antes de 30 años, a menos que comience a subir su tasa de mortalidad.

Por otra parte, las principales ciudades de América Latina crecen a una velocidad dos y tres veces superior a la de la población global, debido a la corriente migratoria rural. La consecuencia es que muchas ciudades latinoamericanas duplican su población en el plazo, increíblemente corto, de siete a diez años. Como algunos autores han señalado, no se trata en realidad de un proceso de urbanización, sino de la ruralización de las zonas urbanas. Ello se debe a que a muchos de los migrantes rurales —en general analfabetos y sin adiestramiento— les resulta imposible obtener empleos en el sector moderno; al carecer de la influencia de un régimen de trabajo moderno, su cultura rural permanece casi intacta.

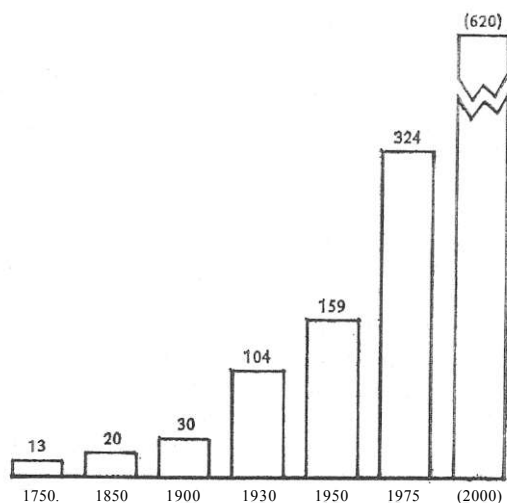
Como hace ya tiempo que los barrios más pobres de las ciudades están repletos y se desbordan, los inmigrantes más recientes han establecido barriadas miserables y asentamientos ilegales que rodean a las ciudades. A estas zonas de pobreza se les designa de diversos modos: barriadas (Perú), callampas (Chile), colonias proletarias o ciudades perdidas (México), favelas (Brasil), ranchos (Venezuela) o villas miseria (Argentina). Trepan penosamente por las laderas de los cerros que rodean a muchas ciudades latinoamericanas, o se extienden en círculos concéntricos cada vez más alejados de los centros urbanos <

Además de padecer la carencia, a menudo total, de agua corriente, de instalaciones sanitarias, de electricidad, de pavimentos, y la deficiencia de sus viviendas improvisadas, los habitantes de estos asentamientos, para llegar a sus trabajos... si es que tienen la suerte de tenerlos, deben pasar horas formados en fila para luego meterse como sardinas en medios de transporte sucios y poco confiables.

En un país tras otro, los investigadores han descubierto que los habitantes de esos asentamientos tan precarios no sólo soportan las miserables condiciones de vida que padecen, sino que, en realidad, consideran estar en mejor situación que antes de trasladarse a la ciudad.⁵ Por supuesto, ello constituye una severa denuncia sobre las condiciones de

GRAFICA 1

Crecimiento de la población de América Latina, 1750-2000
(Millones de habitantes)



FUENTE: Para el período 1750-1950, Nicolás Sánchez Albornoz, **The Population of Latin America**, University of California Press, Berkeley, 1974; para 1975-2000, Population Reference Bureau, Washington.

la vida del campo, pero también abre una ventana fascinante para el estudio de la mente humana. ¿Cómo es posible que gente que vive en circunstancias tan abyectas esté relativamente satisfecha con su suerte? ¿Cómo es posible que esa gente tienda a apoyar el sistema político-económico en el que está inmersa, como lo indican los datos de las investigaciones realizadas, en lugar de enajenarse o serle hostil? La respuesta es: hay esperanza.

Los migrantes sienten claramente una mejoría como consecuencia de su traslado. En general eran campesinos sin tierra, completamente sometidos al terrateniente local. Al mudarse a la ciudad, muchos participaron en invasiones organizadas de predios; a menudo, los gobiernos consideran que estas invasiones son demasiado explosivas desde el punto de vista político para reprimirlas, y por eso las aceptan o, incluso, las ratifican. De ese modo, muchos excampesinos sin tierra ahora poseen un pequeño terreno o, por lo menos, ya no deben pagar renta.

Muchos migrantes vivían antes demasiado lejos de una escuela para que sus hijos pudieran ir a ella, o necesitaban demasiado de su ayuda para permitirles asistir. En los asentamientos ilegales la situación es distinta. Aunque pobremente equipadas, las escuelas están cerca, y no hay campos u otros lugares donde los niños puedan trabajar. Por tanto, los migrantes depositan una gran esperanza en la educación que sus hijos reciben y creen que tendrán en la vida las posibilidades de las que ellos carecieron.⁶

Estas tenues mejoras relativas hacen tolerable lo intolerable. La conclusión a la que llega la mayoría de los investigadores de los asentamientos ilegales en América Latina es que, en ese sentido, el futuro será muy parecido al pasado. Yo no estoy de acuerdo.

Las claves principales de la inesperada satisfacción de los migrantes con sus condiciones de vida, objetivamente sórdidas, son la posesión de una vivienda y el acceso de sus hijos a la educación. Los supuestos subyacentes en esta satisfacción, empero, son que podrán obtener un trabajo a una distancia accesible de su vivienda, y que sus hijos lograrán mejores empleos gracias a su educación mejor. Por tanto, el tema realmente crucial es la posibilidad de lograr ocupación.

Es aquí donde las pautas demográficas de América Latina se conjugan ominosamente con el problema mundial de la energía. Desde el punto de vista demográfico, el problema del empleo se agrava sobremanera por la estructura de edades de una población en rápido crecimiento. Todo conjunto humano de estas características es una población joven; su estructura de edades tiene forma piramidal: las masas de jóvenes constituyen la amplia base y la parte madura y anciana de la población ocupa la estrecha zona superior.

En el conjunto de América Latina casi la mitad de la población tiene menos de 15 años, aunque Argentina y Uruguay son excepciones notables. Esto significa que la tasa de dependencia (el cociente entre el número de dependientes y el de productores) es muy alta. En otras palabras, cada 100 latinoamericanos en edad de trabajar —digamos, entre 15 y 65 años— deben producir lo necesario no sólo para mantenerse, sino para mantener

a otros 100 o más menores de 15 o mayores de 65 años, que dependen de ellos para su subsistencia.

En países como Suecia o Estados Unidos, donde disminuyó el ritmo de crecimiento demográfico y la proporción de jóvenes es más baja, cada 100 personas en edad de trabajar sólo deben producir para 50 ó 60 dependientes. Además, es claro, los trabajadores de esos países son mucho más productivos porque trabajan fundamentalmente con máquinas.

La situación actual del empleo en América Latina arroja tintes aún más oscuros sobre este sombrío indicador, la carga de dependientes. Si quitamos de la categoría de productores a los desocupados y subocupados crónicos, y los sumamos a los dependientes (es decir, los trasladamos del denominador al numerador del cociente), lo cual es lógico, puesto que al no conseguir trabajo no pueden producir, nos damos cuenta de que cada 100 trabajadores latinoamericanos deben producir para mantener a 200 dependientes o más. En esas condiciones, todo lo que se produce debe consumirse de inmediato, haciendo casi imposible el ahorro y la acumulación de capital para invertir.

Resulta evidente la pertinencia del problema energético si se toma en consideración que, incluso con amplias disponibilidades de petróleo a precios razonables, en los últimos años las economías latinoamericanas fueron incapaces de dar empleo productivo a entre 15 y 40 por ciento de su población en edad de trabajar. ¿Podrán esas economías crear empleos para la gran corriente que ingresa al mercado de trabajo todos los años, debido al rápido crecimiento de la población? ¿Podrán hacerlo, sobre todo a medida que el petróleo se vuelva más escaso y mucho más caro? La respuesta es: no podrán, al menos si conservan su organización actual.

Para que no se piense que el control de la natalidad podría ser la solución de este problema, permítaseme indicar otra característica del crecimiento rápido de la población: tal como un tren de carga que marcha a toda velocidad, crea un pesado momento cuyo poderoso impulso no puede detenerse sino mucho después de haber accionado los frenos. Aun si se lograra en forma inmediata un ni-

vel de fertilidad de remplazo (es decir, que cada pareja sólo tenga dos hijos), el crecimiento demográfico de América Latina mantendría una tasa muy alta durante los próximos 70 años, por lo menos. Ello se debe a la gran proporción de jóvenes que entrarán en su período reproductivo en los próximos decenios, y que permanecerán en él durante 25 años, aproximadamente.

Más madres que tengan niños, aun cuando cada una tenga menos que antes, todavía puede significar que, en una población dada, el total de nacimientos exceda al de muertes; en tanto ello ocurra, la población seguirá creciendo. Por tanto, aunque reducir la tasa de crecimiento de la población es un paso esencial que debe darse tan pronto y tan masivamente como sea posible, no puede esperarse que disminuyan en el corto plazo las presiones que agobian a las resquebrajadas estructuras económicas, sociales y políticas de América Latina.

Las perspectivas de la situación energética latinoamericana no alegran este cuadro. De los 542,000 millones de barriles de petróleo en que se estimaban las reservas mundiales en 1973, América Latina sólo tenía 36.400 millones (6.7%) y la mayoría, por supuesto, en un solo país: Venezuela.

Si se consideran todos los combustibles de origen fósil más el uranio o, en otras palabras, todas las reservas energéticas recuperables y no renovables del mundo (con la excepción de las arenas bituminosas, cuya posibilidad de utilización es dudosa y que están en su mayoría en Estados Unidos), América del Sur sólo posee alrededor de 1.8%, frente a 5.5% de África, 24.4% de Asia y 36.7% de América del Norte.

Aun si admitimos que nuevos descubrimientos y adelantos tecnológicos obligarán en el futuro a revisar estas estimaciones, no es probable que alteren en forma significativa los órdenes de magnitud y la distribución relativa de los recursos. Además, lo que sí es absolutamente seguro es que el costo de dichos recursos aumentará en forma continua. Y a medida que crezca más y más, parece inevitable que los países ricos, para los cuales el petróleo, en especial, es la misma esencia de la vida, saquen del mercado a los pobres

en la puja por el grueso de las reservas energéticas en vías de agotamiento.

En los términos más simples, lo que afirmé hasta aquí puede expresarse como sigue:

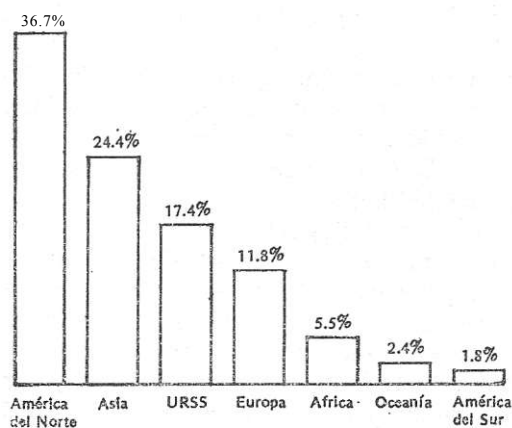
Debido a que su población es muy joven y crece muy rápidamente, lo cual determina un alto índice de dependencia, América Latina debe consumir la mayor parte de lo que produce.

Por tanto, cada vez se le hará más difícil acumular capital para invertir, así como (dada su necesidad de importar alimentos) generar las divisas necesarias para complementar sus escasas fuentes energéticas fósiles con combustibles importados para mantener en funcionamiento una economía muy industrializada. Sin embargo, para que América La-

GRAFICA 2

Reservas recuperables de energía *

(Total: 25.1 trillones de B T U)



* Todos los combustibles fósiles excepto arenas bituminosas, más uranio. La mayor parte de las arenas bituminosas está en Estados Unidos; se las omite porque es poco probable que se disponga de agua suficiente para utilizarlas.

FUENTE: Con base en US Department of the Interior, "World Energy Conference, Survey of Energy Resources, 1974", en **Energy Perspectives, 1975**.

tina pueda reducir los actuales niveles de desnutrición, de mortalidad infantil y de otras formas de sufrimiento humano, *debe* encontrar la manera de dar empleo a las olas de jóvenes que ingresan cada año a la fuerza de trabajo. Sostengo que *ése es* el intrincado nudo básico que debe desatar una política de desarrollo de América Latina.⁷

III

Ante esta clase de restricciones, debería resultar evidente que tanto el enfoque capitalista del desarrollo como el socialista son igualmente inadecuados para América Latina, en la medida en que postulan a la industrialización como el componente principal o el sector fundamental de sus estrategias de desarrollo. Por supuesto, para impulsar algunas industrias básicas se dispondrá de energía hidroeléctrica, de carbón y (lamentablemente) de un poco de energía nuclear, así como de (esperemos) varias "tecnologías suaves" nuevas, basadas en procesos solares, eólicos y de bioconversión.⁸ Empero, debido a escaseces de capital, energía y divisas (sin mencionar la de capacidad organizativa y técnica) la industrialización no puede crear, en modo alguno, la cantidad de empleos necesaria para que América Latina aproveche su recurso más valioso: la gente. Y si no se les dan empleos remuneradores, tampoco puede confiarse en que las masas conserven su esperanza de un futuro mejor (si no para ellas, por lo menos para sus hijos), que desde hace algún tiempo es el débil hilo que mantiene unida a la sociedad latinoamericana.

No estoy prediciendo el derrumbe de la sociedad de América Latina; su adaptabilidad y su capacidad de aceptar lo inaceptable están más que demostradas.⁹ Si bien es posible que aumente la frecuencia de los estallidos violentos, también aumentarán los niveles de represión para sofocarlos.¹⁰ Lo que predigo es el empeoramiento gradual pero continuo de las condiciones —de suyo trágicas— en que vive la mayoría de los latinoamericanos: nutrición inadecuada, altas tasas de mortalidad infantil, alta morbilidad general, viviendas y servicios públicos deficientes, brechas cada vez más amplias entre ricos y pobres, inflación incontrolada y un aumento de la hosti-

lidad entre las clases sociales. A ello habría que agregar los problemas de la contaminación, del abastecimiento de agua, de la deforestación y la erosión, que cada día son más graves. Quizá sea discutible hacia dónde conducen esas tendencias; es indudable que no conducen hacia el desarrollo.

Espero que resulte obvio que, de un modo u otro, las disyuntivas con las que se enfrentan hoy los países de América Latina (y todos los del Tercer Mundo) afectarán en el futuro, en forma creciente, a Estados Unidos y a los demás países que llamamos desarrollados. Como somos muy ricos, quizá podamos retrasar el amargo momento en que nos veamos obligados a reconocerlo; empero, dudo mucho que posponer ese reconocimiento conceda la paz a nuestro espíritu o mejore la calidad de nuestra vida. En cambio, estoy seguro de que, si nos negamos a reordenar nuestras prioridades y nuestra escala de valores, si nos resistimos a ajustar nuestro modo de vida a los límites que nos imponen la ecología y la disponibilidad de recursos, si no nos adaptamos al reducido presupuesto energético que permitiría la subsistencia de una sociedad viable, ello nos conducirá a llevar una vida aún más agitada, atormentada e insegura que la actual a medida que se presenten las escaseces, se acelere la inflación, se multiplique la descomposición social y aumente nuestra dependencia de tecnologías cada vez más peligrosas y complejas.

Más ominosas aún, quizá, son las consecuencias morales y psíquicas (para no hablar de las internacionales) de aferrarnos a una vida de lujo y derroche, cuando una proporción cada vez mayor de los habitantes del planeta debe luchar denodadamente con los espectros gemelos de la escasez y el hambre.

Por otra parte, si pudiésemos tomar conciencia de las nuevas circunstancias en que tendremos que desenvolvemos en el futuro; *si* lográsemos cambiar deliberadamente nuestros valores, prioridades y conductas (como siempre aconsejaron los hombres sabios, *tener* menos para *ser* más); *si* fuésemos capaces de reajustar a tiempo nuestro punto de vista en forma tan radical, entonces podríamos dedicarnos, y dedicar nuestras menguadas reservas fósiles de energía, a inventar y promover

una forma de desarrollo que coloque a la humanidad en una relación adecuada con la capacidad de la biosfera para mantenernos.

Es obvio que estas condiciones son vastas y de difícil cumplimiento. A algunos les parecen tan enormes, que las únicas respuestas racionales que se les ocurren son la desesperación o una indiferencia que les permita aprovechar los bienes del presente, mientras duren. En verdad, el mayor peligro que nos acecha en esta primera etapa crucial —la toma de conciencia de las nuevas circunstancias de nuestro futuro— es que esa conciencia nos haga víctimas de una profecía de impotencia que lleve en sí el germen de su cumplimiento; que se esfume nuestra fuerza de voluntad, debilitada por las comodidades y carente del apoyo de una imaginación capaz de generar medios inspirados y creativos para enfrentarnos con los retos que nos esperan.

IV

Este escenario es más bien sombrío. Quizá el principal rayo de esperanza que lo ilumina sea que, a grandes rasgos, está claro el contenido de un programa de desarrollo viable para las superpobladas regiones pobres, por lo menos en sus etapas iniciales. Si bien los gobiernos de América Latina y del resto del Tercer Mundo deben fijar sus metas de desarrollo de acuerdo con sus valores culturales propios y con su base de recursos materiales, probablemente no sea errado predecir que los gobiernos realmente interesados en el bienestar de sus pueblos se volverán cada vez más, aunque selectivamente, hacia el ejemplo de la República Popular China. Quizá durante el próximo siglo la estatura de Mao Tse-tung se perciba, sobre todo, a la luz de su extraordinaria visión como teórico del desarrollo.

Se reconocerá que la agricultura intensiva en mano de obra (que incluye la construcción de diques, represas, pozos, canales de riego, alcantarillados, caminos secundarios, puentes, terrazas y depósitos) es el único camino viable para lograr, a un tiempo: 1. reducir el desempleo; 2. aumentar la producción de alimentos; 3. detener la sangría de divisas escasas; 4. revertir la tendencia de la migración hacia las ciudades; 5. impedir la destruc-

ción de la capacidad del campo de sostener a la población, y 6. devolver a los pobres su menoscabado sentido de la dignidad y la eficacia.

Se reconocerá que la única manera de proporcionar a las poblaciones rurales dispersas y carentes de medios pecuniarios, ciertos niveles —aunque sean mínimos— de atención médica (que incluye servicios de planificación familiar), consiste en utilizar fundamentalmente personal paramédico adiestrado y financiado por el Estado. Se aceptará que es imprescindible mejorar la condición de la mujer y brindarle más oportunidades para lograr un uso más completo de su capacidad productiva y, a la vez, uno menos completo de sus facultades reproductivas.

Se reconocerá, asimismo, que encargar a los ancianos el manejo de instalaciones para el cuidado de los niños en las aldeas es la manera de liberar a sus padres para que ambos puedan trabajar; ello daría a los mayores un sentimiento de que son útiles, y a la vez proporcionaría la base para la "seguridad social", condición ineludible para que los pobres puedan reducir, racionalmente, el tamaño medio de sus familias.

Podría extenderse más la lista de elementos del modelo chino que valdría la pena emular; empero, hay una pregunta crucial previa que es preciso responder: los otros países del Tercer Mundo ¿podrán alcanzar los niveles necesarios de movilización y organización política si no ocurre en su seno una redistribución cabal del poder? No pretendo tener la respuesta a esta pregunta vital. Sin embargo, creo que depende en gran medida del grado de conciencia de quienes tienen el poder en cuanto a que, dado el tamaño de las poblaciones actuales, sus propios intereses de largo plazo no pueden separarse durante mucho tiempo más del bienestar básico de las masas.

Aun cuando no haya un aumento de la hostilidad o de la violencia entre las clases sociales (de cuyo alcance potencial son un ejemplo los disturbios ocurridos en El Cairo a principios de 1977, a raíz de los aumentos de precio de los alimentos), es indudable que el continuo crecimiento demográfico de las masas empobrecidas (y la consiguiente destrucción de la capacidad de sostenimiento del campo) o el aumento de las tasas de mortali-

dad debido al hambre y a las enfermedades, harán que la vida sea más peligrosa, difícil y desagradable incluso para los sectores privilegiados de las sociedades del Tercer Mundo.

Acaso aclarar este estado de cosas a los gobernantes actuales y futuros del Tercer Mundo sea la mejor ayuda que está a nuestro alcance darles en esta coyuntura.

NOTAS

* Vicedecano y profesor de ciencias políticas, College of Liberal Arts, Universidad del Estado de Oregon.

Nota: Se publica con la autorización del Bulletin of the Atomic Scientists y la del autor. Derechos reservados (1977) por la Educational Foundation for Nuclear Science. Se suprimió una gráfica por razones editoriales. Traducción del inglés de Rubén Svirsky.

1/ Henry Lee Swint, "Everything not Nailed Down is Comming Loose", en **Vanderbilt Alumnus**, vol. 54, enero-febrero de 1969, pp. 14-19.

2/ Nicholas Georgescu-Roegen, conferencia dictada en la Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, el 25 de marzo de 1974.

3/ Kenneth E. Boulding, "What went Wrong, if Anything, since Copernicus?", en **Bulletin**, enero de 1974.

4/ Véase R. L. Clinton, "Politics and Survival" en **World Affairs**, num. 138, otoño de 1975, pp. 108-127, y del mismo autor "Ecodevelopment", en **World Affairs**, otoño de 1977.

5/ Véanse Wayne A. Cornelius, **Politics and the Migrant Poor in México City**, Stanford University Press, Stanford, 1975, y David Collier, **Squatters and Oligarchs: Authoritarian Rule and Policy Change in Perú**, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976.

6/ William L. Flinn, "Family Life of Latin American Urban Migrants: Three Case Studies in Bogotá", en **Journal of Inter-American Studies and World Affairs**, vol. 16, agosto de 1974, pp. 326-349.

7/ Véase Daniel M. Schydrowsky, "Industrialization and Growth" en Luigi Einaudi (ed.), **Beyond Cuba: Latin America takes Charge of it: Future**, Crane-Russak, Nueva York, 1973, pp. 129-143.

8/ Amory B. Lovins, "Energy Strategy: The Road not Taken?", en **Foreign Affairs**, vol. 55, octubre de 1976, pp. 65-96; Ignacy Sachs "Bioconversión de la energía solar y aprovechamiento de los recursos renovables: hacia una nueva civilización industrial en los trópicos", en **Comercio Exterior**, vol. 26, núm. 1, México, enero de 1976, pp. 35-37.

9/ Véase Claudio Véliz (comp.) **Obstacles to Change in Latin America**, Oxford University Press, Londres, 1965, y C. Véliz (ed.), **The Politics of Conformity in Latin America**, Oxford University Press, Londres 1970. [De la primera obra existe traducción al español, publicada en 1969 por el Fondo de Cultura Económica, México, con el título **Obstáculos para la transformación de América Latina**. N. de la R.].

10/ Véase R. L. Clinton, "Portents for Politics in Latin American Population Expansion", en **Inter-American Economic Affairs**, vol. 25, otoño de 1971, pp. 31-46.